

XXVIII

Ofertas de Bazaine y Maximiliano, que el general Díaz rechaza. Reorganiza tropas y sitia á Puebla.

1867.

ANTE el general descontento que reinaba en el llamado Imperio, con la enemiga ya ostensible del personal del cuartel general del ejército francés, y las consideraciones que surgían en el ánimo del general Bazaine; tomando en cuenta las vacilaciones y angustias del archiduque y las circunstancias y contrariedades del expresado mariscal, se explican ciertos sucesos de que vamos á tratar.

Ya desde Oaxaca el general Díaz había recibido proposiciones del mariscal, relativas á verificar un canje de prisioneros, y esto dió motivo á cambio de recados entre los dos jefes. Veamos los apuntes del general, en lo concerniente:

«El mariscal Bazaine,—dice,—me propuso un canje de prisioneros, que acepté, encomendando su estipulación, conforme á las bases que fijé, al coronel D. José M. Pérez Milicua, á quien sirvió de intérprete el francés D. Carlos Thiele, que con ese objeto avanzó hasta la capital de la República, teniendo lugar las conferencias para arreglar el canje en Tehuacán, donde se detuvo el coronel Pérez Milicua.

»Después de canjeados todos los prisioneros mexicanos que estaban en poder de las fuerzas invasoras, devolví sin correspondencia al mariscal Bazaine cerca de mil extranjeros, con la condición de que fueran inmediatamente embarcados en Veracruz, como lo fueron en efecto.

»Cuando mandé á México á D. Carlos Thiele para terminar el arreglo del citado canje, el mariscal Bazaine le autorizó para que me propusiera en venta fusiles, municiones, vestuario y equipo, ofreciéndome esos objetos á precios fabulosamente bajos, esto es á peso por fusil, y á peso también por vestuario de lienzo, con zapatos; también comprendía la propuesta, caballada, mulada, y sus respectivas monturas y arneses. Comprendí por esa oferta y por los destrozos y remates á precio vil que el enemigo estaba haciendo de su material, que la razón de su oferta era que no tenía vehículos para conducirlos á Veracruz, y acaso ni capacidad en su flota para embarcarlos, y me negué á comprárselos, pues teniendo que dejarlos, me era más barato hacerlos ocupar como propiedad del enemigo que comprarlos, aun á vil precio. Entonces expedí una circular á todas las plazas, incluyendo á las ocupadas por el enemigo, en que declaraba contrabando de guerra todos los efectos que

aquél dejara en el país, bajo cualquier pretexto, é imponía una fuerte multa á sus tenedores ó encubridores, la cual sería íntegramente aplicada al denunciante en cada caso, dando á éste la mayor garantía del sigilo.

»Esta circular fué extraordinariamente fructuosa para el ejército, al grado que me permitió presentar al presidente Juárez, á su arribo á la capital en 1867, veintiún mil hombres perfectamente vestidos, armados y municionados, habiendo sido la mayor parte de su equipo, producto de la disposición enunciada.

»El mariscal Bazaine me mandó decir, con el citado Thiele, que á su salida de México permanecería cinco días en Ayotla, como lo verificó; y que, si mientras él estaba allí atacaba yo á la ciudad de México, le mandase decir con Thiele el uniforme de mis soldados, para distinguirlos de los de Maximiliano; pues que en ese caso se proponía regresar á la capital, con pretexto ostensible de restablecer el orden, á fin de que todo se arreglase satisfactoriamente para él y para mí. Entendí por esto que quería manifestar que me ayudaría á apoderarme de la capital, donde estaba el mismo Maximiliano, siempre que yo accediese, en recompensa, á ciertas insidiosas propuestas de desconocer al gobierno del señor Juárez, con objeto de que la Francia pudiese tratar con otro gobierno antes de retirar sus fuerzas de México, pues sus palabras textuales fueron éstas: «Diga usted al general Díaz, que yo pagaré con usura el brillo con que nuestra bandera pueda salir de México.» No me pareció conveniente seguir relaciones que habían comenzado con motivo del canje y se extendían después hasta donde he expresado; y así lo manifesté á Thiele, para que lo comunicara á Bazaine, por toda contestación.»

La publicidad que tuvo todo el asunto, dió motivo á que más tarde Bazaine, cuando expatriado de Francia estaba en Madrid, hubiera querido sincerarse, y escribiera al efecto al señor general Díaz, á la sazón Presidente de la República, y cuyo incidente concluyó con la carta que de dicho general copiamos, y que dice:

«México, Enero 11 de 1887.—Al señor mariscal Bazaine.—23, Monte Esquinza.—Madrid.— Señor: He recibido una carta de usted, de fecha 10 de Diciembre último, que en resumen tiene por objeto manifestarme su resentimiento por la publicación de una carta mía, escrita el año de 1867, en que, refiriéndome á usted, aseguraba que por tercera persona me había hecho proposiciones que no quise aceptar por indecorosas; suplicarme le designe quién fué ese intermediario, y reprocharme el beneficio de no haber dado á luz la carta que le dirigí el 8 de Febrero de 1865, así como de haberme tratado como prisionero de guerra y no como insurrecto.

»En cuanto á lo primero, debo advertir á usted, desentendiéndome de su estilo, que no quiero calificar, que la carta que al principio cita, no fué dirigida al señor Juárez, como lo asienta, sino al licenciado D. Matías Romero, por cuyo conducto acostumbraba yo informar al jefe supremo del Estado de todo lo que yo hacía y ocurría en la zona cuya defensa me estaba encomendada; que ésta fué mi única intención al escribirla, y yo no la publiqué ni pensé que podría ser publicada. Rectifico la aseveración de usted, sobre este punto, porque así es la verdad, y no porque hubiera tenido inconveniente en dar á luz dicha carta, pues nunca vacilé sobre la veracidad de los hechos que en ella cito.

»Respecto al segundo punto, aunque han pasado ya algunos años, no creo haya olvidado usted á M. Carlos Thiele. Debo decirle, supuesto que me lo pregunta, que esa persona es la que mandé cerca de usted para ajustar el canje de prisioneros mexicanos, que usted tenía en su poder, por los

que yo tomé en las acciones de Nochistlán, Miahuatlán, Carbonera, Tehuantepec y Oaxaca; canje que realizamos con gran ventaja para el ejército francés, porque le envié, como gracia, todos los jefes, oficiales y soldados que me sobraron cuando á usted no le quedaba personal equivalente para canjeármelos. Ese señor Thiele fué quien me hizo en nombre de usted las proposiciones de que di cuenta en la carta que me ha concitado el resentimiento de usted, y quien pocos meses después de los hechos á que me refiero, se radicó en Guatemala, donde se puede ocurrir á él. Celebraría muchísimo si algún día pudiera usted persuadirme de que todo fué impostura de dicho señor, y lo manifestaría así al público que ha conocido mi carta; pero para esto necesito la propia declaración del señor Thiele, pues el conocimiento que de él tengo no me autoriza para dudar de su caballerosidad.

»En cuanto á mi repetida carta de Febrero de 1865, con cuya publicación cree usted que me habría hecho, y aun me podría hacer mal ahora, ese es otro error que usted padece. Hago memoria de habérsela dirigido; y aunque no tengo presentes con perfección los términos en que está concebida, sí puedo asegurar que no me deshonran, sencillamente porque, tanto en mi conciencia de hombre como de militar, no recuerdo ningún hecho que pudiera avergonzarme. Por otra parte, la inmensa desigualdad en que entonces combatíamos, menos de uno contra diez, y las circunstancias y episodios que rodearon esa campaña y tuvieron lugar en ella, sólo son conocidos hasta la fecha por los que como usted y yo fuimos en ella actores, lo mismo que por nuestros subordinados respectivos y por los pueblos del heroico Estado de Oaxaca. Su publicación halagaría mucho mi orgullo militar y patriótico, y la necesidad de contestar cargos formulados por usted, me pondría en condiciones para hacerlo sin el riesgo de aparecer presuntuoso, y con más ventaja aún si me permitiera comparar el asedio, sitio y pérdida de la plaza de Oaxaca con otro caso contemporáneo, del mismo género, aunque no semejante.

»Me recuerda usted también, no sé con qué objeto, que fuí su prisionero y que no me trató como insurrecto. Si hace usted esto para censurarme, le repetiré que, aunque por casualidad, y no por deber á que no estoy sometido, no fué mi voluntad la que decidió la publicación de mi carta que tanto le ha afectado. En cuanto á que usted haya obrado así por deber ó por gracia, permítame que no le replique, porque, como quiera que haya sido, tengo presente que usted ha tenido el honroso carácter de mariscal en el ejército francés, y cualesquiera que sean las desgracias que hayan pesado y aun pesan sobre usted, y el estado en que ellas hubieren dejado su ánimo y su razón, no puedo, sin agraviar á usted y al sentido común, entrar en una cuestión que tendría por objeto demostrarle la diferencia que existe entre el insurrecto, ó bandolero, y el general del ejército de una nación reconocida por el mundo civilizado, y que plenamente autorizado por los supremos poderes de ella, á la sombra de su bandera, la defiende en su territorio contra un ejército invasor.

»Envío á usted los testimonios de mi pena por la poca meditación que revelan los conceptos estampados en la carta que le contesto.—*Porfirio Díaz.*»

En Acatlán, el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, con una escolta de 300 caballos con que allí llegó, y antes de que empezaran á incorporársele sus tropas, recibió á un comisionado de Maximiliano, enviado en los días de sus terribles vacilaciones, cuando pensó volver á Europa. Dice el general sobre esto:

«Condujo un día la avanzada de Acajete, por la cordillera y con las precauciones usuales en esos casos, á mi cuartel general á una persona llamada Carlos Bournof, que había sido comisionado personalmente por Maximiliano, según credencial que al efecto trajo, para recabar mi promesa de no

batir al archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México á Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata *Novara*, que lo esperaba fondeada en Veracruz.

»M. Bournof me dijo que esto era todo lo que Maximiliano le había encargado me manifestase; pero él agregó, como opiniones personales suyas, y como informes que me daba, que Maximiliano tenía un alto concepto de mí, y que si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que lo rodeaban y de los militares de ese partido que estaban á su lado; que me daría el mando de todas sus fuerzas y que pondría la situación en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos; que sentía gran respeto y consideración por el señor Juárez y por los principios que profesaba, pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos á nosotros por antagonistas, no podía proceder como lo deseaba, sino como las circunstancias le obligaban á obrar. Me pareció que M. Bournof cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacerme entender que esto no era así, sino que tan sólo expresaba sus impresiones personales.

»Detuve á Bournof toda la noche, para mandarlo al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencias de ningún género con el enemigo; que mis únicas relaciones con Maximiliano consistían en batirlo, ó ser batido por él, para lo que tomaba desde luego mis providencias, y que me empeñaría en hacerlo prisionero y someterlo á la justicia de la nación.

»En toda esa noche fué necesario fingir algunos desfiles de tropas, como si fueran de distintas armas, por la calle en donde se había alojado Bournof, acompañado de oficiales que cuidaban de que se cumpliera la prohibición que le impuse para abrir las ventanas. Mi objeto era que volviese con la impresión de que en Acatlán había gran número de tropas acuarteladas y movimiento de entrada y salida de trenes y de fuerzas, cuando en realidad sólo tenía 300 caballos, aunque mi gran apoyo en aquellos momentos consistía en los pueblos de los distritos de Matamoros, Tepeji y Tepeaca, que todos eran amigos, y muchos de ellos estaban armados y dispuestos á participar de algún combate que se ofreciera cerca de sus respectivas localidades.»

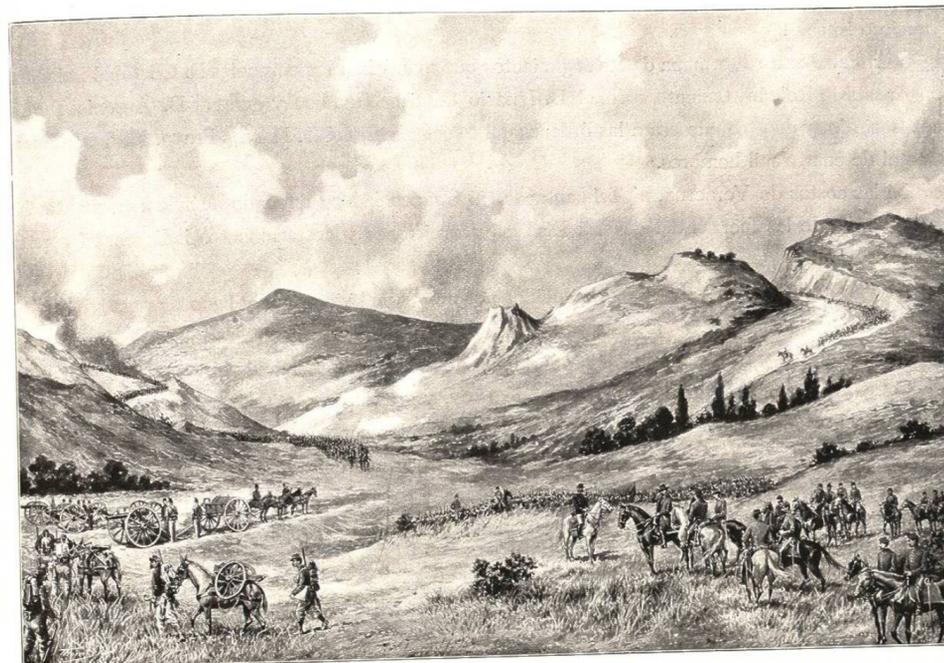
La conducta de que el general Díaz da cuenta, observada para con él separadamente por Bazaine y Maximiliano, comprueba lo que antes hemos indicado sobre la situación del emperador en su calidad de tal y la del general en jefe del ejército francés en sus funciones correspondientes.

Uno y otro no supieron considerar la alteza de miras y acendrado patriotismo del general Díaz, y por eso se atrevieron á dirigirse á él con las diversas pretensiones que han quedado expuestas; y por eso ambos recibieron como contestación aquellas negativas rotundas del general republicano, que la Historia, en sus páginas, se ha apresurado á recoger.

En los primeros días de Febrero empezaron á incorporarse en Acatlán las primeras fuerzas esperadas, y con ellas se dirige luego el general Díaz á Ixcaquixtla, acercándose por tal modo á Puebla y protegiendo así la llegada á aquel lugar de la brigada Figueroa, que tuvo efecto á la vez que la suya propia. En seguida arribó allí mismo el general D. Manuel González, con una brigada de infantería formada de tres batallones de cazadores, dos baterías rayadas de montaña, media batería de batalla, una sección de cuerpo médico y ambulancia, que mandaba el doctor D. Francisco Hernández, y una compañía de ingenieros á las órdenes del teniente coronel D. Lorenzo Pérez Castro.

Dando cuenta nuestro biografiado de las demás incorporaciones que se fueron efectuando y de la reorganización que verificó en las fuerzas reunidas, dice:

«Una vez reforzado con la brigada González, y después de haber pasado como diez días en Ixcaquixtla, emprendí mi marcha á Tepeaca, donde se me incorporaron el coronel D. Cristóbal Palacios con cuatrocientos caballos; el teniente coronel Sánchez Gamboa con más de trescientos, organizados en Acatlán y Matamoros-Izúcar, y el coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza con su batallón en alta fuerza, formado en Matamoros y Atlixco.



SE UNEN LAS TROPAS DEL GENERAL DÍAZ Y SITIA Á PUEBLA

»De Tepeaca pasé á Huamantla, y allí se me incorporaron los generales D. Ignacio R. Alatorre con las fuerzas que había organizado en Jalapa, y D. Juan N. Méndez con las suyas, organizadas en la sierra de Tetela, del Estado de Puebla.

»Me ocupé inmediatamente de dar nueva forma á aquella masa de tropas; organicé dos divisiones, y encomendé el mando de la primera al general Alatorre y el de la segunda al general Méndez, y una brigada de caballería, cuyo mando di al general D. Manuel Toro. La primera brigada de la primera división la mandaba el general D. Manuel González, la segunda el general D. Francisco Carréon, y la tercera el general D. Luis Pérez Figueroa.

»La primera brigada se componía de los tres batallones 1.º, 2.º y 3.º de cazadores de Oaxaca, mandados: el primer batallón por el teniente coronel D. José Guillermo Carbó, y mayor D. Carlos Pacheco; el segundo por el teniente coronel D. Juan de la Luz Enríquez, y el tercero por el teniente coronel D. Juan Higareda.

»La segunda brigada se formaba del batallón ligero de Matamoros, mandado por el coronel don Juan Espinosa y Gorostiza, y de las guardias nacionales de Veracruz y Puebla, á las órdenes de los generales D. Juan Francisco Lucas y D. Rafael Cravioto.

»La tercera brigada estaba integrada por el batallón Cazadores de la Montaña, mandado por el mayor D. Manuel Ramírez Terrón, y otras fuerzas de guardia nacional de la sierra, por jefes cuyos nombres no recuerdo.

»La segunda división se componía exclusivamente de fuerzas de la sierra de Puebla, que había traído el general D. Juan N. Méndez, servido de los generales D. Juan Crisóstomo Bonilla, D. Juan Francisco Lucas y otros jefes.

»La caballería se formaba de los regimientos que mandaban los coroneles D. Cristóbal Palacios, don Anastasio Roldán, teniente coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa y general D. Antonio Rodríguez Bocardo, y de otro que era á las órdenes del teniente coronel D. Marcos Bravo. Mi fuerza hacía un total de cuatro mil hombres.»

Ni las costas de Veracruz, ni Tehuantepec, ni Oaxaca habían quedado acéfalos: se mantenían á retaguardia de las fuerzas del general Díaz las guarniciones y destacamentos indispensables para dar la seguridad.

Así, pues, cuatro mil guerreros, conducidos por un general victorioso y lleno de prestigio en los Estados de Oriente, se ponen en marcha, llevando como objetivo la artillada ciudad de Puebla, defendida con fuertes y trincheras por una guarnición de más de tres mil soldados.

Comenzaba á correr el mes de Marzo de 1867, y graves sucesos habíanse precipitado en el interior de la República por entonces. Pasaba el país por los supremos momentos de una crisis, en que cada día se efectuaban hechos de trascendencia para su porvenir.

Los republicanos no eran detenidos en su marcha y sus legiones concurrían al centro del país.

Maximiliano, ante los sucesos, pidió su opinión al gabinete respecto de cómo podrían contenerse aquellos avances, y los ministros, ayudados por Márquez y Mejía, hicieron convenir al emperador en que se pusiera al frente de sus tropas y marchara, haciendo una concentración en Querétaro. El príncipe aceptó su imposible papel de general en jefe.

Bazaine, que, como había anunciado, salió el día 6 de Febrero de México para Veracruz, todavía esperaba que el archiduque se desprendiese de los conservadores y, por consiguiente, del Imperio, y que se resolviese á dejar el país; hizo una marcha lenta con su columna. En Puebla se detuvo cinco días, y allí supo la derrota de Miramón, de lo cual tomó pie para escribir á Maximiliano ofreciéndole que dejaría á Castagny para que lo escoltara á Veracruz, donde le aguardaría. Efectivamente, Maximiliano, dejado por la Francia en México, debió ser un torcedor para la conciencia del jefe de la expedición francesa; pero la tentativa de Bazaine fué infructuosa.

El día 11 de Marzo, el último francés armado dejó á Veracruz: la intervención había concluido. El Imperio, en aquellos momentos, sólo contaba con las plazas de Querétaro, México, Puebla y Veracruz; los conservadores, á quienes el emperador repugnaba y á quienes por necesidad estaba unido; unos 20.000 hombres, entre los que no estaban Lozada y los suyos, y escasísimos recursos pecuniarios. La República se había enseñoreado del país en breves días. El citado Lozada á última hora se había declarado neutral.

El emperador llegó al lugar de su destino el día 19 de Febrero de 1867. El general D. Ramón Méndez, que había evacuado á Michoacán, se le incorporó el 21.

No obstante los pasos bien serios dados por el emperador, se observa que sostenía una lucha de encontradas ideas en su espíritu, en el que, como en un *kaleidoscopio*, cambiaban los proyectos. Seguramente le asfixiaba el círculo de los conservadores, que más y más lo estrechaba cada día.

En los momentos que resolvía su marcha á Querétaro, aun mandó á Bournof á conferenciar con el general Díaz, como hemos antes dicho; y al padre Fisher, jefe de su gabinete particular, sobre el camino ya, le encargaba que contestase cartas á Santa Anna, con quien entró en absurdas negociaciones para conseguir, por medio de aquel jefe anatematizado, un arreglo en las graves cuestiones del país.

En Querétaro se hizo sentir la desavenencia entre Miramón y Márquez. Este último quedó nombrado jefe del estado mayor; Miramón del cuerpo de infantería; Mejía de la caballería; Ramírez Arellano de la artillería, y Méndez de una brigada mixta de reserva. Existían en la plaza 8.000 hombres y se esperaba que llegaran las fuerzas del general Olvera.

México estaba rodeada de guerrilleros.

El general Corona, con sus fuerzas de Occidente y las del Centro, que se le incorporaron, se acercaba á Querétaro, en tanto que lo hacía con el cuerpo de ejército del Norte el general Escobedo. Ambos jefes conferencian en Chamacuero el 28 de Febrero de 1867. Al segundo se le había dado el mando principal de todas aquellas fuerzas, que se avistaron por distintos caminos de la ciudad donde el emperador se hallaba el 8 de Marzo. Las tropas imperialistas acordaron salir y batir en detalle al enemigo que se acercaba, pero no lo efectuaron.

El general en jefe, acompañado de Corona, á quien designó como segundo, el día 9 de Marzo pasó revista á los sitiadores, que hacían un total de 18.000 hombres, los cuales fueron aumentándose con tropas que llegaron después. Con ellos se empezaron las operaciones para sitiar á Querétaro, y tras varias peripecias, el 22, con 400 caballos mandados por Quiroga, Márquez, nombrado lugarteniente del Imperio y acompañado de Vidaurri, sale de la plaza ocultamente en la noche, burlando la vigilancia de los republicanos.

En México, á donde el expresado jefe se dirigía, formaban la guarnición 1.000 austriacos montados, 300 franceses, dos cuerpos de cazadores y 2.300 mexicanos más. Se temía allí la aproximación del general Díaz, pero luego se supo que estaba sobre Puebla. El lugarteniente del Imperio arribó á la capital el 27 de Marzo. ¿Llevaba facultades de Maximiliano para obrar como mejor lo creyera á los intereses del Imperio, ó tenía órdenes precisas á fin de sacar los elementos militares de México y correr con ellos en auxilio de la plaza donde el emperador estaba encerrado y en vísperas de no poder sostener la situación? No hay documentos conocidos para resolver este punto, y sólo por los hechos se pueden hacer deducciones.

Como quiera que sea, el general Noriega avisaba de Puebla que el general Díaz le tenía en gravísima situación; que se hallaban dos generales heridos, que le habían matado á un jefe de batallón, y que la población le era hostil. Márquez, ú ocurría á Puebla, y si triunfaba reunía los elementos del Imperio para poder obrar con probabilidades de éxito, ó dejaba que Puebla se perdiera y sacando de México las fuerzas allí existentes para volver á Querétaro, abandonaba la capital para que luego fuese ocupada por cualquier tropa enemiga. Ante aquel dilema, optó por lo primero.

El lugarteniente de Maximiliano con actividad asombrosa aumentó las fuerzas de la guarnición de México para dejarla en condiciones de defenderse y salió con cerca de 4.000 hombres de las tres armas, para Puebla, el día 30 de Marzo.

Ya en parte se comprenderá por lo expuesto la situación que para tal fecha debiera guardar el general Díaz, respecto de la cual debemos extendernos.

El 9 de Marzo había llegado frente á Puebla.

Veamos lo que manifiesta respecto de sus operaciones sobre la ciudad, y graves incidentes personales que pusieron su vida en uno de los mayores peligros, debido á su empeño de salvar por sí todas las dificultades. Dice:

«Con la fuerza organizada en Huamantla, emprendí la marcha sobre la plaza de Puebla, á donde llegué por el 9 de Marzo de 1867. Ese día ocupé, sin resistencia, el cerro de San Juan, donde establecí mi cuartel general, tomando el mismo día posesión del convento de San Fernando, sin que el enemigo intentara defenderlo.

»Seguí extendiendo mi línea envolvente por los suburbios de la ciudad, al Sur y al Oriente, sin cerrar el sitio por la parte Norte, porque me lo impedían los cerros de Loreto y Guadalupe, que el enemigo tenía guarnecidos y perfectamente artillados, sin embargo de lo cual, ocupé casi todo el barrio de la Luz y el Alto; y aunque no pude incomunicar los cerros con la ciudad, establecí con mi caballería completa incomunicación de los cerros para afuera.

»Estando en el sitio de Puebla, y pocos días antes del asalto, se me incorporaron el general don Diego Álvarez con unos seiscientos hombres de fuerzas del Sur y el coronel D. Mucio Maldonado, con cuatrocientos caballos de Texcoco.

»Siguiéron las operaciones con objeto de reducir el perímetro ocupado por el enemigo, al grado de avanzar nuestra línea por la parte occidental de la ciudad hasta la plazuela de San Agustín, teniendo nosotros los tres lados de esa plazuela, Occidente, Norte y Sur, y el enemigo el lado Oriente; y de allí continuaba nuestra línea rectamente hasta el convento de la Merced, ocupando nosotros en todas esas calles las aceras de Occidente y el enemigo las de Oriente. Ya se comprenderá por semejante proximidad, cuán constantemente se mantenía el fuego en nuestras líneas. Por el Sur teníamos la línea de manzanas en que estaba la aduana, y todas las siguientes hasta el barrio de la Luz, donde nuestra circunvalación volteaba hacia los cerros por el puente de la Luz.

»El día 24 de Marzo el teniente coronel Domínguez, oficial tan arrojado como imprudente, emprendió un ataque vigoroso en la manzana que hace frente al mesón llamado «Nobles Varones,» con objeto de desalojar al enemigo que ocupaba la mitad de la manzana. Como se hizo muy nutrido el fuego de fusilería en aquel lugar, y general el cañoneo en toda la línea, el general González, cuya línea comprendía la manzana ocupada en parte por Domínguez y en parte por el enemigo, acudió al lugar, y en el momento de salir á una azotea fué herido del brazo derecho, por una bala que le destrozó el codo. Yo, que también corrí á donde el combate tenía efecto, entré en momentos en que bajaban por una escalera al general González. Después de dar las órdenes conducentes para atenderle, me dirigí presuroso al sitio de colisión que más lo demandaba, con algún refuerzo que de antemano había pedido, y la manzana fué en esa noche ocupada por nosotros.

»Seis días después el enemigo incendió una tienda en la manzana que ocupaba el general don Francisco Carreón, cuya tienda contenía mucho combustible.

»Inmediatamente que tuve conocimiento del hecho, llegué hasta el interior del local y los techos se desplomaron sobre mí. Al oír que crujían, brinqué para la puerta de salida y allí me encontré con el licenciado D. Juan José Baz, única persona que se atrevió hasta ese punto, y á quien con mi choque arrojé fuera del peligro; pero en cuanto á mí, el techo me alcanzó y quedé cubierto de

escombros, de medio cuerpo para abajo. Cayeron en seguida las puertas de las ventanas que estaban ardiendo y me descubrieron ante el enemigo, que se acercó hasta los enrejados y disparó sobre mí á quemarropa; pero en esos momentos, Carreón salió por los balcones de las piezas que no ardían y lo desalojó; mas luego, posicionado en la acera opuesta, calle de por medio, siguió dirigiéndome sus disparos.

»Como cogido por una trampa estaba allí; y Luis Terán, para sacarme de esa situación, me jalaba de tal manera de los brazos, que sentía que me los desarticulaba; pues nervioso como era, cuando había dificultades se ponía en peor estado. Felizmente un ayudante ocurrió con una palanca de maniobra de una pieza de sitio, y con ella pudo sacarme, levantando las vigas que estaban sobre mí. Terán, que no cesaba de estirar, al fin me dejó en pie; pero mis botas quedaron entre los escombros y sin ellas me puse en salvo, con algunas contusiones y quemaduras en diversas partes del cuerpo.

»Como se empezó á propalar en mi campamento que yo había muerto en el incendio, recorrí en seguida la línea de circunvalación y visité las reservas.»

Se comprenderá que era necesario esto, pues la noticia de la muerte del general en jefe, volando rápida, como siniestra nube negra sobre la cabeza de los combatientes, ensombreció sus espíritus y en instantes la desmoralización cundió en las tropas. Así es que, al ver arrogante á su joven general tan querido, cuya presencia era para ellos símbolo de victoria, al verlo pasar al galope de su caballo, y seguido de su estado mayor, frente á las filas, los aplausos, las dianas y los vítores demostraron su vivísima impresión de alegría. Por todas partes se le saludó con ovaciones tales, que conmovido llegó á su cuartel general sin poder pronunciar una palabra.

Él, á su vez, incendió por medio de artificios aplicados á los proyectiles de artillería, algunos edificios que el enemigo ocupaba, entre ellos el circo Chiarini y casas inmediatas, á lo cual debió tomar la manzana contigua á San Agustín, que era de las más difíciles por su situación y especialmente por hallarse protegida por la altura del convento é iglesia citada.

El general Díaz, salvado del peligro terrible que había corrido, seguía consiguiendo ventajas sobre los sitiados; y seguro de su triunfo, aun se desprendía de tropas que tenía frente á ellos y auxiliaba con las mismas, y otras diversas, á su colega el general Escobedo. Dice á este respecto:

«Durante el sitio de Puebla, el general Escobedo, que á la sazón sitiaba á Querétaro, me pidió algún auxilio y le mandé al general D. Juan N. Méndez, con parte de su división, y ordené que se le unieran las fuerzas de Pachuca, que mandaba el general Martínez, y las más lejanas que eran á las órdenes de los generales D. Vicente Jiménez y D. Vicente Riva Palacio y coronel D. Florentino Mercado; á virtud de lo cual llegó el citado general Méndez á Querétaro con un total de más de seis mil hombres y diez obuses de montaña.»

Tal era la situación de Puebla. Ya podremos apreciar cómo se agrava con la aproximación de Márquez, á quien á última hora hemos dejado en camino de esa ciudad, á cuyo auxilio vuela.

